

—Entonces—dijo el anciano rechazando la mano que destrozaba entre las suyas—todo ha terminado entre nosotros. ¡Adios!

Y salió tropezando con los muebles cual si estuviera borracho.

Si hubiese mirado sus manos, las habría encontrado inundadas de lágrimas de Gabriela.

XL

Aquella noche todos los amigos de la princesa Ivanowska se habían dado cita en su hotel de la avenida de Antin. Todo estaba lleno de ruido y de luces.

Se divertían, se hablaba, se cantaba; todos querían rivalizar en ingenio y alegría.

Cerca de las once serían cuando un lacayo anunció al capitán Pontis.

La presencia de Roberto en aquella casa fue acogida por un prolongado murmullo de extrañeza, al cual el capitán no hizo el menor caso.

Estaba triste; pero no había perdido su habitual calma.

La princesa le acogió con señaladas pruebas de simpatía.

—Me dareis noticias de la condesa de Brantville—le dijo la princesa después de haberle cumplimentado por su poético aspecto y por su visita, tanto más agradable cuanto que no era esperada.

—La condesa—contestó—está en el Limosín, donde el conde posee un magnífico dominio, y supongo que permanecerán allí hasta el invierno.

—¿Y ha sido un viaje de placer?

—¿Por qué no?

—Yo nada sé... pero como se asegura que el general aborrece aquel país donde murió su madre después de proporcionar serios disgustos á su marido. ¡Y hasta se cuentan sobre este particular unas historias demasiado lúgubres!

—Que carecen en absoluto de fundamento.

En aquel momento se oyó la voz de Rioza res que, dominando todas las conversaciones, cantaba una copla burlesca.

—Ya tenemos al marqués—dijo la princesa—que empieza á aburrirnos con sus composiciones. Es de una fecundidad inextinguible.

—Desgraciadamente... para los que le escuchamos.

—Escuchad sus tonterías.

Los *couplets* que el marqués cantaba era una mordaz y picarresca alusión á los amores de Roberto y Gabriela.

Roberto apoyado en el respaldo del sillón que la princesa ocupaba, escuchaba con atención y parecía no comprender.

Se contentó con decir á la moscovita.

—Ese caballero canta unas coplas alí su-
bidas de color y aun algo comprometedoras.

—¿Y qué quereis que yo le haga?—replicó la diáfana princesa.—La desaparición del general es hoy objeto de todas las conversaciones y no se puede prohibir á las gentes que se ocupen de estas novedades. Dentro de dos días

ya no se acordará nadie de ello. Además, ¿se cuentan unas cosas!...

—¿Me las quereis referir?

Iba la princesa á entrar en unas explicaciones que estaba deseando dar, cuando fué de nuevo interrumpida por la canción del marqués que continuaba su leyenda

El vizconde Saint-Remy, exasperado por la insolencia del español y por la aparente tranquilidad del capitán, se acercó á Pontis y la preguntó:

—¿No sabes á quien aluden esas estúpidas coplas?

—Ni siquiera pensé que esas canciones fueran una alusión. Creo que te equivocas y, si así no fuese, el marqués representaría un papel muy singular.

—Más para cantar esas cosas tan comprometedoras, es preciso que Riozares esté muy seguro de la paciencia de su auditorio—dijo el vizconde, mirando á Roberto con curiosidad.

El capitán se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—¡Bah!—replicó, afectando indiferencia.—¿En qué podrán alterarse los nervios de los que escuchan semejantes vaciedades?

Saint-Remy se alejó engafiado por la aparente calma de su amigo.

—¿No habrá nada de verdad en esa historia?—pensaba al alejarse el elegante vizconde.

La princesa había seguido con vehemente interés la partida que, casi por encargo suyo, se jugaba.

Aguardaba impaciente á que el marqués ter-

minase su canción, y esperaba por parte de Roberto una explosión de cólera.

Sus esperanzas quedaron defraudadas.

Roberto que había conservado toda su sangre fría, se dirigió al marqués cuando este abandonó el teclado.

— Mis sinceras felicitaciones, mi querido marqués—le dijo.—No es posible fastidiarse en vuestra compañía. Me teneis subyugado.

Riozares contempló con extrañeza á Roberto. Había pensado exasperarle con sus canciones, y no había conseguido otra cosa que hacerle reír.

—Sin embargo—continuó el capitán con la mayor cortesía—debeis abandonar ese género fácil y dedicaros á los grandes poemas musicales. Teneis mucho talento, y es lástima que lo malgastéis en esas cositas ligeras, por más que sean muy espirituales.

Saint-Remy, sospechando el enredo que tramaba su amigo, se acercó á él, y llamándole á parte, le dijo:

—¿Qué es esa comedia que estais tramando?

—¿Comedia? ¿Donde la ves? Es el primer acto de un drama, cuyo desenlace no se hará esperar mucho tiempo. La exposición ya está hecha. ¿No vá el marqués todas las mañanas al Bosque?

—Sí. De ocho á nueve.

—¿A caballo?

—Casi siempre.

—¿Quieres venir á buscarme mañana á la calle de Courcelles á las siete y media?

—¿Si así lo deseas? ¿A caballo?

—Sí, como el marqués.

—¿Cuándo sales para el Egipto?

—Dentro de dos días.

—Si te marchaseis antes del paseo proyectado, tal vez se evitaría un escándalo más—objetó Saint-Remy.

—No temas, no habrá el menor escándalo.

—¿Me lo aseguras?

—Lo más que habrá será una insignificante querrela.

—Sobre todo, no me comprometas; preferiría unas tercianas á quedar en ridículo.

—¡Prudente Palamede!

—Te concedo mi confianza. No abuses de ella.

—¿Duerme en paz, Sócrates!

Los dos amigos se despidieron dándose un cordial apretón de manos.

El marqués de Riozares estaba conversando con la princesa.

—Querido marqués—decía Constanza, siempre envuelta en su olímpica serenidad—os felicito por vuestras obras.

—Estoy muy descontento—replicó con modestia el descendiente de los reyes de Granada.

—Ha sido un verdadero desengaño. No anenteis mi pesar con cumplidos faltos de sinceridad. Además, ¿estais segura que la marcha de la condesa obedezca al motivo que nosotros suponemos? Nada he logrado saber por mi doncellita, y la tranquilidad del capitán me hace dudar. Creo que esta vez vuestra sagacidad os ha faltado.

—Querido marqués, no os fieis de las apariencias. Tras la calma viene la tempestad. Es el mar antes de la borrasca. Ni viento ni olas.

—Mejor que mejor. Estoy intranquilo y ner-

vioso. De ese modo podré descargar mi cólera sobre alguna cosa ó sobre alguna persona.

—No faltan en este salón porcelanas y objetos menudos—dijo indolentemente la moscovita.—Si os place, para calmaros, romper algún jarrón de porcelana, hacedlo. Dicen que eso tranquiliza mucho, y de ese modo podreis evitaros alguna tontería.

A las doce, lord Fowler vino á besarla la mano y se alejó sin decir una sola palabra.

Su rectitud rechazaba el enredo que sentía tramar en aquel salón.

Instintivamente estuvo toda la noche separado de la princesa, contentándose con adorar de lejos la divinidad que hacia quince años que sobre él reinaba, y á la cual se contentaba con admirar como un creyente fanático ante la mezquita de la Meca.

Poco á poco los invitados fuéronse marchando unos tras otros.

Solo quedaban en el salón Riezares y el capitán.

—Querida princesa—dijo Pontis en alta voz—¿queréis concederme dos minutos de conversación? Tengo que aclarar una duda; vos sola podéis hacerlo.

—Con mucho gusto—contestó la princesa sin abandonar su indolente postura.

Después, dirigiéndose á Riezares, le dijo:

—Marqués, hasta mañana.

Era una despedida en buena forma.

El español lanzó una envidiosa mirada á Roberto, y saludando á la bella Constanza replicó:

—Hasta mañana.

Y salió de la estancia.

Generalmente suele suceder, y es extraño cuando así no pasa, que dos amantes separados, sean después enemigos. Esto prueba la imperfección de nuestra naturaleza y el vicio de un amor que no ha sido otra cosa que la atracción de los sentidos y no la reunión de dos almas semejantes, creadas para comprenderse y confundirse en un deseado y duradero matrimonio.

La princesa pasó de la más violenta pasión á una pasión profunda. Más herido estaba su orgullo que su amor. Acostumbrada á las adulaciones de sus cortesanos, aquel rompimiento la habia humillado de tal suerte, que juró vengarse cruelmente de su rival y de su infiel amante.

Una francesa, una parisiense principalmente, hubiera tratado de distraerse, lanzándose en un torbellino de placeres y vanidades.

Constanza debía tener sangre italiana en las venas.

Hubiera querido manejar el puñal del mismo modo que sabia manejar el abanico, y la navaja con la mano segura de los catalanes.

A ser así, Roberto no habria salido vivo del salón. La policia y la justicia la habrian importado poco. Se creia bastante hábil para burlar sus investigaciones.

—Constanza—dijo el capitán—hace algunos dias se ha cometido una vil cobardia. A pesar de vuestras amenazas os hacia el honor de creerme incapaz de semejante baja.

—Sin embargo, estábais advertido—respondió la princesa sin cambiar de actitud.—No comprendo vuestras ridiculas delicadezas. ¿Os he engañado?

—Antes de entrar aquí todavía dudaba; pero hace poco me convencí al presenciar una escena que hubiera resultado bufa si no se hubiese pisoteado el honor de una mujer. ¡Ya no dudo!

Y con ademán indolente añadió:

—Creo que esa es la palabra que se emplea cuando se dirige la palabra á un culpable.

—Porque no quiero que quede en mí la más ligera duda y porque antes de deciros todo lo que pienso, quiero tener la seguridad de mis afirmaciones.

—¿Qué es lo que pensais decir? No tengais reparo en hablar. Os escucharé paciente y resignadamente, porque os he amado mucho, ó al menos así lo he creído; que viene á ser exactamente lo mismo. No perdais el tiempo en inútiles precauciones. Haced lo que yo.

—Una carta anónima y mentirosa ha sido dirigida al conde de Branville.

El capitán fué interrumpido por la princesa que exclamó sin hacer el menor movimiento.

—Anónima, sí; pero lo que es mentirosa... eso no.

Roberto continuó:

—¿La habeis escrito vos?

—Quiero contestaros afirmativamente porque así me place hacerlo.

—¿Y si esa infame carta fuese la causa de una terrible é irremediable desgracia, no manifestaríais algun remordimiento?

—Nunca he interrogado mi conciencia sobre este punto.

—Hacedlo y respondedme con sinceridad.

—Creo, y aun estoy segura de que no me arrepentiría. Al contrario, pues tendría al me-

nos la seguridad de que nadie tendría el derecho de burlarse de mí, y precisamente existían dos personas que podían hacerlo.

—¿Quiénes?

—Mi antiguo amante y su nueva querida.

—Os engañais. Jamás tuvieron esos á quienes aludís una idea semejante. Os doy las gracias por vuestra franqueza, que me ha devuelto mi libertad para con vos. No nos parecemos. A pesar de todo el mal que me habeis hecho y que aún me podreis hacer, me sería imposible aborreceros. No quiero recordar de vos más que los plácidos momentos que en otro tiempo me proporcionásteis. Ya no nos volveremos á ver. Mejor informado, procuraré para lo sucesivo protegerme contra vuestra cólera. No quiero ni aún conservar una sola de las armas que me habeis dado. No puedo ver otra cosa en las apasionadas cartas que en otro tiempo me escribiais, una reliquia preciosa entonces, sin valor hoy, puesto que á serme posible, hasta vuestro nombre borraría de mi memoria.

Y el oficial depositó sobre el mármol de la chimenea un voluminoso paquete de cartas, sobre el cual no pareció fijar su atención la princesa.

—La opinión de los demás—dijo— me es indiferente; solo me importaba la vuestra, y así os lo probé, no haciendo ningun misterio de mis simpatías hácia vos. Las cartas las podeis guardar ó destruirlas. Me es completamente igual, y me importan tan poco, como á la mariposa el polvo de sus alas.

La princesa, como todas las rusas, era un poco frívola.

Un fuego lento ardía en la chimenea.
—Al fuego pues—dijo Roberto arrojándolas sobre las ascuas.

—¡Ah, mi pobre amigo!—exclamó la princesa.—Sois muy caballero. Esa era una de las razones de mi amor.

—En Francia, princesa, lo somos algunas veces con las damas. Con los hombres muy pocas veces. Es una antigua tradición.

Después de decir esto, saludó, y ya se retiraba cuando la princesa le llamó:

—Roberto, sois mejor que yo; podemos ser enemigos, y, sin embargo, ser galantes. ¿No se saludan con las espadas los que van á matarse? Dadme, pues, vuestra mano por última vez.

El capitán tomó la fina y trasparente mano que la princesa le tendía.

—Si la mano de un hombre hubiera escrito lo que esta ha trazado—dijo Roberto contemplándola—yo la haría pedazos entre las mías. Os perdono pero os digo adios para siempre.

Y rechazando con desesperación la mano de la moscovita, salió del salón sin volver la cabeza.

—¡Pobre Roberto!—murmuró Constanza.—¿Cómo nos ha de conocer, si nos conocemos, nosotras mismas? ¡Le digo que le aborrezco cuando ha faltado muy poco para que le pida perdon y me arrojase en sus brazos!

XLI

El marqués de Riozares vivía en un suntuoso hotel del parque Monceaux.

Todos sus cuadros estaban firmados por Murillo ó por Velazquez y cada mueble era una joya artística, ya del Renacimiento ya del siglo XVIII.

Inmensamente rico, gran señor, solteron egoísta ingenioso, nada faltaba á su felicidad especialmente cuando ideaba alguna broma de mal género ó perjudicial.

Uno de sus primeros cuidados al levantarse, era señalar para el día alguna víctima y generalmente su designación caía sobre un ser más débil que él ó impotente para hacerle frente.

No era una cobardía, sino un vicio especial é instintivo de su carácter.

No le faltaba valer, y se hubiera jugado la vida por el más fútil motivo. Era de la naturaleza de las mujeres. Valeroso en los grandes sufrimientos y voluble en demasía, tan pronto amaba como aborrecía con toda su alma.

Hacia ya mucho tiempo que el nombre de la princesa figuraba en la lista de sus conquistas; mas si algun día hubiera visto realizadas sus esperanzas, es casi seguro que al siguiente la habría abandonado. Tal era su frivolidad.

Aquel día el barómetro señalaba buen tiempo.

El marqués se levantó, tarareando una de esas melodías, cuyo secreto tenía, y que semejante á pompas de irisado jabon, lanzaba por las noches en los salones que frecuentaba.

—Antoñito—decía á un muchacho de quince á diez y seis años, que le servía de ayuda de cámara,—he soñado que viajaba en *sleeping-car*, al lado de una joven y bellísima mujer, de magníficos cabellos, ojos vivos, púdica como una virgen y fácil como una circasiana, que reunía todas las perfecciones, la belleza, la gracia, la libertad, el talento; en una palabra, una mujer incomparable.

Yo me divertía en enamorarla y he aquí lo que la cantaba.

Riozares se sentó al piano, colocado en un ángulo del cuarto, y cantó una serenata amorosa.

Cuando hubo terminado su canción, dió orden á su diminuto criado de que le ensillasen su yegua favorita, para dar su acostumbrado paseo.

Mientras tanto él terminaba su *toilette*.

El groom subió á avisarle cuando la yegua estuvo lista.

Riozares montó á caballo y se dirigió, al paso, al Arco del Triunfo.

—La princesa—iba monologando el marqués—es hermosísima y seductora. Es un

mármol de Páros, pero está helado cual si se encontrase en el fondo de la cantera. Por verla animarse entre mis brazos, cedería gustoso una de mis posesiones de Andalucía, la más pequeña y la peor, eso se entiende; Qué maravillosa envoltura oculta su alma! Es lo contrario de la condesa. Menos ostentación, pero más vida; menos brillante, pero más corazón. La misma esplendidez de formas, el mismo atractivo! ¡Y decir que el mismo Leandro las ha poseído á las dos! La doncellita fué quien me lo dijo. ¡Pobre muchacha! ¡Pues no se creía de buena fé que la amaba? ¡Qué decepción sufrió cuando la dije que ya no tenía necesidad de ella! ¡Con qué desden me arrojó á la cara el oro que la regalaba en cambio de sus fáciles favores! Tanto me importaba su amor como una cáscara de naranja. ¡Y no era fea la chiquilla!

Decididamente aborrezco á ese Pontis, caballero de aventuras, soldado de fortuna, favorecido por esas dos diosas del Olimpo parisienno. ¡Pondría la mano en el fuego á que siendo la infiel, la princesa le ama todavía!

El marqués bajaba por la avenida del Bosque de Bolonia, por el paseo destinado á los ginetes.

Su yegua, negra como el azabache y brillante como el plumaje del cuervo, se encabritaba graciosamente y avanzaba con paso lento y cadencioso, semejante al de los picaderos. Su lacayo le seguía á corta distancia.

Unos doscientos metros más atras llegaban al trote largo de sus caballos, dos ginetes.

El uno, ostentando el uniforme de oficial de Estado Mayor, fumaba un cigarro y hablaba y

refa con su compañero, correctamente vestido.

De pronto, en el instante mismo en que Riozares salía del paseo para dar la vuelta y se dirigía á la verja del Bosque, el caballo del oficial, que se habia desbocado en un momento que este saludaba distraido á un amigo, vino después de un veloz galope, á chocar con violencia contra el caballo que montaba Riozares.

—Imbécil—gritó el marqués reconociendo á Roberto, que saludaba excusándose.

—La palabra es algo viva, señor marqués—dijo el capitán—y os ruego que la retiréis.

—Lo dicho está dicho—contestó furioso el español. Sois un descuidado y un torpe.

—¿Deseais un lance, señor marqués?

—Me es completamente indiferente.

Saint-Remy se habia acercado á los dos rivales.

—¿No queréis retirar vuestro calificativo?—preguntó Pontis.

—Yo no retiro nada. Idos al diablo—dijo Riozares exasperado, saliendo escapado al galope de su yegua.

Dos ó tres ginetes se habian reunido y daban la razon á Roberto.

—Un choque de caballo se perdona; pero una salida de tono y de palabras semejantes, se castiga—decía el conde de Saint-Alban, uno de los *gentlemen* más escuchados en materia de honor—y puesto que el español no retiró sus expresiones, se las haremos entrar en el vientre.

—¡Así sea!—objetó Pontis.—Siempre es fastidioso tener un lance por una nimiedad, pero según parece, el señor marqués de Riozares de

sea llevarlo adelante.... ¡Verá cumplidos sus deseos!

El vizconde Palamede estaba contentísimo. La paciencia de su amigo le habia irritado la noche anterior.

—¡Bien cortado, querido!—dijo alejándose.

—¡Ahora es preciso coser!

—¡Descoser, querrás decir!—objetó Roberto con los ojos brillantes de cólera.

XLII

La vida en Traignac se deslizaba en medio de una monotonía mortal.

Desde la conversación que el general sostuvo con su mujer, había renunciado á toda nueva tentativa de reconciliación. Los dos esposos no se veían más que á las horas de las comidas, y aun esto no todos los días, y se separaban sin dirigirse una palabra después de estar veinte minutos el uno frente al otro.

Siempre respetuosa con su marido, Gabriela no dirigía á aquel desgraciado anciano, cuyo reposo y tranquilidad había destruido, más que tristes y resignadas sonrisas. El conde, herido de muerte por aquella inesperada catástrofe, cuando se creía al abrigo de todo contratiempo, rodeado de todas las comodidades que su inmensa fortuna le procuraba, de la consideración universal, y, en fin, del amor y de la posesión de una encantadora mujer á él unida por los sagrados lazos del matrimonio,

únicos que conciben las almas rectas y generosas, se moría lentamente. En aquel naufragio había perdido gran parte de su sorprendente vigor y de su inteligencia.

Una esperanza singular le sostenía en medio de su soledad. Decíase que teniendo Gabriela por su amante una afección que le impedía divulgar su nombre, su amante trataría por su lado, á menos de ser un vil cobarde, de ver á su querida; que aquel amante se cansaría de una separación tan dura de soportar, y que un día, fascinado por la hermosura de la condesa, vendría á caer en sus propias redes.

Seguro de la fidelidad de Marcas y de Farin, contaba, y con razón, con el cumplimiento de las órdenes que había dado á uno de sus servidores, cuya fidelidad no tenía límites.

Se regocijaba anticipadamente y saboreaba con placer la perspectiva de una venganza cierta.

Cumplida esta misión, podía morir tranquilamente, ó intentar de nuevo, tal era la generosidad de su carácter, la reconciliación con aquella mujer, que no se resolvía, ni podía resolverse á aborrecer.

De día en día iba aumentando su decaimiento.

Era demasiado rudo el golpe recibido para poder á su edad soportar impunemente tan terrible desgracia.

Muy á menudo se pasaba las semanas enteras sin salir de sus habitaciones.

Gabriela entonces solicitaba permiso para ir á prodigarle sus cuidados.

El anciano, á pesar suyo, no consintió recibirla en su cuarto.

Así pues, en aquel inmenso castillo, solo los enfiados se divertían, pasando una vida alegre y tranquila.

Sus servicios eran de los más breves y de los más fáciles. Empleaban la mayor parte del tiempo en dar paseos en botes por los estanques, en pescar, en cazar y en organizar cabalgatas para pasear los caballos del general, que se morían de inacción y de fastidio en sus amplias y aseadas caballerizas.

Todas las tardes se les veía llegar, llevando en parihuelas improvisadas la caza del día, que por lo regular solía ser algún tremendo jabali ó algún ciervo.

A no ser por el traje de aquellas gentes, se hubiese creído uno, al verles así cargados, transportado cinco ó seis siglos más atrás.

Eran unos espectáculos graciosos y pintorescos; mas tenían para Gabriela, que les contemplaba todas las tardes desde su prisión, una monotonía aflictiva y desconsoladora.

Si al menos hubiera podido leer las cartas de Roberto, habría tomado con resignación y paciencia su castigo; pero el general las guardaba y no le daba cuenta de ellas. Tampoco la entregaban ningún periódico. Todo lo que entraba en el castillo se llevaba al cuarto del general, de donde ya no salía más. Verdad es también que pocas veces el conde leía un periódico; apenas recorría sus columnas con una mirada distraída cuando ya los había echado en el cesto.

Así las cosas, llegó el mes de octubre.

Traiguac llegó á ser casi inhabitable. Las nieves cubrían las cúspides de las montañas vecinas, los árboles perdían sus últimas hojas

y los pinares se revestían de un color amarillento que daba tristeza mirarlos. Un viento glacial se había enfioreado de la comarca, y en las inmensas chimeneas del castillo ardían grandes fuegos para elevar la temperatura á un grado soportable.

Privada de noticias, no atreviéndose á escribir y no sabiendo á quien fiarse, la condesa se había entregado á un sombrío y continuo abatimiento.

Su único consuelo encontrábale en el creciente cariño que Rosa la demostraba. La pobre muchacha realizaba prodigios de inteligencia. Multiplicábase para que no decayera el valor de su señora y para procurarla distracciones. También el general tenía gusto en verla y llegó á ser la única intermediaria entre él y la condesa. Así ella, tenía la esperanza de reunirlos un día y alcanzar el perdón de su señora.

Tan pronto devastaba las estufas, donde ya no entraba Gabriela, y llenaba de flores los jarrones de su cuarto, bromeando alegremente sobre los pobres desterrados de Traiguac, como refería á su señora las anécdotas de las aldeas vecinas, describiendo las costumbres de los infortunados y desgraciados limosines.

Su alegría y contento no tenía límites cuando lograba apoderarse en la mezquina biblioteca del castillo, de alguna obra singular ó de algún periódico de quince ó veinte fechas retrasadas, para entregárselo triunfalmente á Gabriela.

Un día —el 29 de Octubre— entregó á su señora dos números de *Le Figaro*, fecha 10 y 12 de Septiembre.

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTREY, MEX

Gabriela rompió la faja, aún intacta, de los periódicos, y los desplegó con indiferencia.

Como generalmente arrojaba en seguida aquellas hojas atrasadas, Rosa se quedó altamente sorprendida al ver que su señora se entregaba con marcado interés á la lectura de uno de los periódicos.

En efecto: habia descubierto una gaceta que tenia para ella grandísimo interés.

Hé aquí su contenido:

“Nuestros lectores recordarán un duelo que excitó grandemente la curiosidad en el mes de Junio próximo pasado.

“Dos jóvenes pertenecientes á nuestra más distinguida sociedad, el señor marqués de Riozares, de la poderosa familia Riozares de Alvarado, uno de los más ricos miembros de la colonia española, parisiense por gusto y casi de origen, con Roberto Pontis, uno de nuestros más brillantes oficiales de Estado Mayor.

“El motivo del duelo fué de los más fútiles que pueden darse, y la razón estaba toda de parte del señor Pontis.

“El duelo se verificó á espada de combate y en la frontera belga.

“El resultado pudo haber sido funesto para el señor de Riozares, pues recibió una herida de tal gravedad, que puso su existencia en peligro. Así lo comprendió él mismo, y creyéndose al borde de la tumba hizo todo género de elogios á la lealtad y delicadeza de su adversario en términos en extremo honrosos para ambas partes.

“Hoy anunciamos con gran satisfacción que el señor marqués de Riozares está completa-

mente fuera de peligro. Anoche tuvimos el gusto de verle en el teatro de la Opera, en el palco de la bella princesa Ivanowska.

“Si nuestro periódico, como esperamos, llega á poder del señor Pontis, que se encuentra actualmente en Egipto, queremos tener la satisfacción de ser los primeros en darle esta noticia, que, seguros estamos de ello, le será satisfactoria en extremo.”

Gabriela volvió á leer el suelto, y después arrojó el periódico á las llamas de la chimenea, donde en un instante se convirtió en pavesas.

Ni un solo momento creyó que aquella causa fútil en apariencia, fuese el verdadero motivo del duelo.

—¡De modo que Roberto—pensaba la condesa—se ha batido! ¿Y por quién sino por mí?

El combate debió ser formal puesto que su adversario habia recibido una herida grave.

¡Todo lo habia ignorado!

El general se lo habia ocultado. La tenia en un absoluto aislamiento. La habia borrado del libro de los vivos.

Sin duda la habian insultado y Roberto habia salido en su defensa.

Esta circunstancia dió nueva fuerza á su amor, ya tan vivo y que tan profundas raíces habia echado en su corazón.

Además, la curiosidad vino en ayuda del amor. Quiso tener los detalles más precisos de un asunto en el que habia peligrado la vida de su amante. De ese deseo á querer verle y hablarle, aunque no fuese más que un instante, no habia más que un paso.

Así sucedió.

Luchò durante algunos días, pero por fin, no pudiendo contenerse más, á primero de Noviembre entregò á Rosa una carta dirigida á de Tresmes, para que éste la enviase á su amigo.

La carta contenía estas palabras:

"Muerdo de pena y de dolor. ¿Dónde estás? Aunque no sea más que un minuto, quiero verte. Desde que llegué á este punto no he tenido noticias tuyas. Estoy encerrada en una prisión. Si no te atreves á ver al general, ven en secreto. Preguntas por Juanita Picard, una pastora de ovejas de la aldea de Saint Saturnin, que está distante de Traignac unas dos leguas. Puedes confiar en ella. Adiós. Ven pronto."

Juana Picard era una muchachilla de 16 años, morena como una gitana y más lista y vivarachita que una ardilla. La condesa y Rosa le habían tomado mucha afección.

La regalaban trajes y se mostraban pródigas y generosas con sus hermanos y hermanas.

La pastorcita profesaba también á aquellas dos señoras que tanto la mimaban, una amistad sin límites. Ignorante de las cosas de este mundo, pero de extraña precocidad, no dejaba de comprender que aquellas existencias estaban rodeadas de un misterioso dolor, cuya causa no lograba alcanzar su penetración.

El buzón de correos más próximo á Traignac estaba situado en la aldea de Villefosse; pero, por prudencia, quiso la condesa que su carta fuese llevada á la estafeta de la Palude.

Rosa, por orden de su señora, llamó á Juanita que, por especial concesión, llevaba á pa-

cer sus cabras á los prados colindantes con el castillo.

—Juanita—la dijo Rosa—¿en cuánto tiempo te atreves á ir á Palude?

—Hay cuatro leguas largas del país. No he ido más que dos veces, pero conozco bien el camino. En tres horas me planto en la Palude.

—Vas á llevar al correo esta carta. La echas en la estafeta y te vuelves en seguida. Es preciso que nadie sepa que has llevado una carta, ¿entiendes? Es preciso también que no se sepa que has ido á la Palude.

La niña fijó sus negros y penetrantes ojos sobre los de Rosa.

—El cielo está cubierto—contestó—estaré de vuelta antes de media noche. ¿Quién se ocupará de mí? Nadie, á no ser vos, señorita.

—Todavía no he terminado, Juanita. Tal vez dentro de algunos días llegará á preguntar por vos un señor de Paris; tú le llevarás al parque, le ocultarás en el bosquecillo y vendrás después á avisarme. Es necesario también que nadie sepa que tú has acompañado á una persona extraña. Únicamente tú y yo conoceremos el secreto.

La guardadora de cabras omó una mano de Rosa y la besó.

—Haré lo que me decís, señorita—respondió la niña—podéis tener confianza en mí.

—Vete, querida niña—dijo Rosa enternecida besando á la pastora—encierra tus cabras y cuida que no te vean.

Juana se alejó precedida de sus cabras y cantando melancólicamente una copla del país.

El mismo día que de Tresmes había recibido la carta de la condesa, recibió otra de su amigo que le había enojado en extremo.

—No puedo vivir lejos de ella—decía Roberto en su carta—me es imposible. Salgo para esa. Tal vez llegue antes que mi carta.

—¡No se puede tratar con los enamorados!—exclamó de Tresmes.—¡No pueden estarse tranquilos!

Por la noche Roberto se precipitó como un huracán en los brazos del teniente, el cual le entregó la carta de la condesa.

—Sois un par de locos que nada os podéis echar en cara. Tú debes reflexionar un poco más, y esperar al menos á que matéis por completo á ese pobre general.

Una mortal palidez cubrió el rostro de Roberto.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—El general de Roche noir recibe frecuentes cartas de su antiguo amigo el general de Brantville. En todas le dice que su estado de salud es delicadísimo. Yo las he leído.

—Yo daría toda mi sangre por él.

—¡Pero mientras tanto, le asesinas! ¿Qué te dice la condesa?

—Lee.

Y Roberto alargó á su amigo la carta de Gabriela.

—¡Palabras de mujer! ¿Conoces tú alguna que muera de amor?

—Sí.

—¡Cuando el amor se complica con la miseria y no tienen ni aun lo preciso para comprar un pedazo de pan!

—Gabriela no se parece á las demás muje-

res, y tú no puedes juzgarla porque no la conoces. ¡Dice la verdad!

—Entonces, ¿quieres verla? ¿Quieres marcharte?

—¡Oh! Solamente por un día.

—Es más de lo necesario para perderos. No pongas á prueba á la Providencia. La primera vez te salvaste por un milagro. ¿No temes ser sorprendido?

—No; conozco mejor que nadie el estado del general.

—¿Pues cómo? ...

—El mismo me lo escribía todos los días.

—¿Sabe que has regresado á París?

—Sí.

—¿Y no te llama á su lado?

—No. Quisiera equivocarme, pero una horrible duda me destroza el corazón. Temo...

—¿El qué?

—Que dude de mí.

—¡Eres un niño! Si así fuese, no te trataría como á un hijo.

—Entonces, ¿por qué no habla de Gabriela? ¿Por qué no me ordena ir á Traignac, aunque no sea más que por unos días? Tal vez sea un efecto de mi imaginación, pero de todos modos, yo no me atrevería jamás, sin orden suya, á presentarme ante él. Creo que si le viese sufrir me arrojaría á sus pies para pedirle perdón, perdón para mí y para ese ángel que sufre por mi culpa y sufre con resignación toda la pena.

—¡Estás loco!

—Ríñeme cuanto quieras, trátame como al último de los criminales, nunca dirigirás tantos cargos como yo mismo me hago! ¿A qué

engañarte á ti con falsas promesas? No puedo resistir al amor ni á los deseos de Gabriela. ¿Me llama? Yo obedezco, aunque supiese que no iba á verla más que desde su balcón. Una sola mirada suya me devolverá para mucho tiempo el valor que me falta y que solo ella puede devolverme. Esta vez no seremos víctimas de otra traición, pues solo tú sabes el secreto.

—¿Y la princesa?

—La aborrezco.

—Justo efecto de sus bondades para contigo.

—No creas nada de lo que ella te haya dicho. ¡Hay secretos que no puedo revelar, ni aun á ti, que eres mi mejor amigo y el mejor de los amigos!

—Guárdatelos. ¿Pero si no puedes entrar libremente en casa del general, cómo te vas á arreglar para ver á la condesa?

—Lo ignoro.

—Supongo que no pensarás en tomar tú solo y por asalto, la vieja fortaleza de Traignac; además, ahora recuerdo, pues tú me lo dijiste, que el general había tomado varias disposiciones que hacen la entrada muy difícil y peligrosa.

—Es verdad.

—¿Pues entonces qué es lo que piensas hacer?

—¡Dios dirá!

—No confíes en él para que te ayude en esta empresa. Lo más que podrá hacer, en su misericordia, por dos insensatos, es encerrarse en una estricta neutralidad.

—¿Qué importa, con tal de que pueda verla? Lo demás no me preocupa.

—¡Pero todo lo que estás diciendo es absurdo! ¿Es decir que por una visita de una hora, visita inquieta y sin utilidad para ninguno de los dos, vais tal vez á perder la poca tranquilidad que os queda?

—¡Tienes razón, mil veces razón! Pero Gabriela está sola y podría creer que la olvido, y no quiero que tenga ni un instante este pensamiento. Tú exageras el peligro, y una entrevista de un momento no puede comprometernos tanto como dices.

—¡Terrible locura! —murmuró de Tresmes— y bendigo al cielo por habérmela evitado. En fin, tú lo quieres, ¿no es eso?

—No tengo más remedio que obrar de este modo.

—Sé franco y confiesa que deseas hacer este viaje.

—¡Pues bien, sí, lo deseo! Cedo con inefable placer á la tiranía de ese amor, que es mi existencia toda. ¡Si, quiero ver á Gabriela! Tú, mi pobre amigo, bendices al cielo porque no has conocido jamás esos dolores. ¡Desgraciado! Si los hubieras sufrido, sabrías que encierran más felicidad que amargura y más placeres que penas. El recuerdo solo de las felicidades pasadas, aunque éstas no hayan durado más de un minuto, es suficiente para disipar, con sus celestes resplandores, las tinieblas que nos rodean. El que solo ha conocido el placer y no el verdadero amor, ignora que la copa que no ha tocado su mano, contiene delicias sin límites y delicadezas de imposible descripción.

Las penas de la separación, las puuzantes ansiedades de los celos, los mortales temores del olvido desaparecen ante una caricia de la mujer adorada. Cuanto mayor es la falta, más felicidad proporciona. No pienses ni trates de argumentar sobre un amor que tú no has conocido. Deja, pues, á los desgraciados que sufren este padecimiento amargo y al mismo tiempo delicioso, la compensación de sus torturas. Mi razon me dice que escuche tus consejos, pero mi corazón me lo prohíbe.

A esto estey reducido. Compadéceme, más no me condenes. ¿Puedo por ventura obrar como yo quisiera y como comprendo que es mi deber?

—¿De modo que estas decidido á marcharte?

—Sí, mañana.

—Puesto que así lo has decidido quiero poner limite á tus tonterías. Yo te acompañaré, pero no nos detendremos en Traignac más que una hora.

—¡Oh, mi bueno y querido amigo!—dijo Roberto abrazándole con emoción.—Yo no me atrevía á decirte lo.

—¿Pero una hora tan solo!

—Estamos conformes. Ahora vamos á comer.

—Si hago esto—añadió de Tresmes—no es tan solo por tí, sino por evitar un nuevo y mortal disgusto á mi pobre general.

Tranquilo ya el capitán por la seguridad de que en breve plazo iba ya á ver á Gabriela, hizo alarde aquella noche de una alegría extremada. Mostróse comunicativo con de Tresmes, diciéndole sus esperanzas de un pronto ascenso, pues los trabajos que había hecho en Egip-

to habían agradado mucho al ministro, según él mismo se lo había notificado.

—Trabajaba sin descanso—decía Roberto.—Esto era mi único consuelo.

—¿Y porqué no haces ahora lo mismo, en vez de correr tras estas peligrosas aventuras?

—Si fuese yo solo, perfectamente; pero Gabriela, se creería abandonada y despreciaría al amigo cobarde que la abandona en su prisión.

—Si continúas por ese camino, llegarás de deducción en deducción á acusar al pobre general de ser el verdugo de la mujer que amas.

—Tengo ganas de llegar á Traignac para regresar en seguida. Tan pronto como llegue creo que tendré horror de mi mismo y trataré de huir. No sé lo que hago ni lo que digo.

—Continúo en mis trece. Creo querido, que estás loco; aun no de remate, pero lo estarás.

—Dijo de Tresmes con sentencioso acento.

—¿Y quién no lo estaría en mi lugar?

—Mira son las nueve, hoy cantan *Los Hugonotes*, y el palco de tu adorado tormento estará desocupado. Vámonos á él y la música del maestro Meyerbeer nos distraerá.

—Con mucho gusto. Allí encontraré algún recuerdo suyo.

—Ya lo creo. El amante ve en todas partes el recuerdo de la mujer que ama. Si tu fueses poeta como el marqués de Riozares, harías un soneto cantando las ausencias de tu adorada.